



«El huerto de Emerson»: aprendizaje y vida

Descripción

«Yo soy lector, escritor y profesor, por ese orden cronológico», ha afirmado Luis Landero en más de una ocasión, **«y no siempre esas tres personas coinciden en sus criterios, gustos e intereses»**. Pues bien, en *El huerto de Emerson* se concitan todos ellos: el Landero escritor, que reflexiona sobre su oficio y sobre el inaprehensible arte de la escritura; el Landero lector, que se sumerge en detalles y pasajes mínimos –pero iluminadores– de los libros que mayor huella le han dejado; el Landero profesor de literatura, que comparte enseñanzas y consejos con los jóvenes aspirantes a escritor, y el Landero persona, fundamentalmente exniño, que bucea una y otra vez en sus recuerdos lejanos del pueblo y la familia en busca del tesoro de la sabiduría, del misterio de las cosas, del intríngulis de la vida.

«El narrador va espigando citas, imágenes, nostalgias, recuerdos, donde literatura y vida se confunden, o mejor dicho se funden, porque los libros leídos se convierten en libros vividos»

Cada capítulo está protagonizado alternativamente por uno de ellos, que en el fondo son el mismo, y el narrador va espigando citas, imágenes, nostalgias, recuerdos, donde literatura y vida se confunden, o mejor dicho se funden, porque los libros leídos se convierten en libros vividos y pasan a formar parte de uno mismo, lo leído pasa a ser una vivencia, a veces más profunda que la propia vida, y lo vivido, a través del tamiz de la imaginación y del recuerdo, pasa a nutrir los telares de la literatura.



El huerto de Emerson.
Luis Landero. Tusquets.
Barcelona, 2021. 240
págs. 19 € (papel) / 9'99 €
(digital).

Cronista oficial de las ilusiones perdidas, los sueños frustrados y los afanes insatisfechos, para Landero, todo, hasta la ficción, emerge del pozo sin fondo de la memoria. Pero el Landero novelista, que tiene cierta tendencia a la depresión, el abatimiento o las dudas sobre sus condiciones para el oficio, siente que ya ha exprimido y contado su pasado demasiadas veces, en cientos de páginas, sirviéndose de él para forjar las historias y los personajes de sus novelas, y piensa que lo que ocurre, quizá, es que ya no le queda nada por vendimiar de su pasado. Por eso abre un cuaderno nuevo y empieza a escribir este libro.

Quiere dejarse llevar por el fluir de la escritura, que el libro le vaya saliendo solo, echarse a los caminos de la imaginación y la memoria sin mapas ni rutas prefijadas, lanzándose a la ventura del escribir, confiando en el lenguaje y dejando que las palabras solas guíen sus pasos. El escritor es pastor de las palabras, sí, pero también sirviente de ellas; por eso debe guiarlas y cuidarlas para que no se desmanden, pero también ha de dejarse orientar por ellas: **«A veces el quiebro de una frase vale más que la luminosa geometría de un algoritmo narrativo»**. En ese juego de doble dirección se dirime el arte de la escritura.

De este modo, alternando la reflexión sobre la escritura y la lectura con los recuerdos de su infancia y las meditaciones sobre los grandes temas de la vida, sin dejar de lado a la muerte, Luis Landero va dando cuenta de «lo que vivo, lo que me cuentan, lo que siento, lo que leo y lo que escucho».

Reflexiona, por ejemplo, sobre **el poder del lenguaje, que es capaz de crear realidades más fuertes y perdurables que la propia realidad objetiva**, instaurando el horror o la belleza, y evoca esos momentos de felicidad que produce la escritura, cuando el escritor siente la música de las palabras, «cuando consigue convocar en unas líneas los cinco sentidos, o cuando alcanza el sencillo y extremado arte de la precisión», un placer casi físico al que denomina «la lascivia de la exactitud».

«Landero ha protagonizado un viaje estilístico que, por decirlo *grosso modo*, transita de García Márquez a Azorín, quitándose adornos, fogonazos y prodigios, adelgazándose,

purificándose»

En este sentido, hay que decir que la prosa de Landero ha ido adquiriendo mayor sobriedad y precisión con el transcurso del tiempo, acercándose cada vez más a ese modelo de desnudez y exactitud que para él representa la prosa del *Lazarillo*. Desde la exuberancia deslumbrante de sus primeras novelas, **las maravillosas *Juegos de la edad tardía* (1989) y *Caballeros de fortuna* (1994)**, hasta la emoción contenida de *Un balcón en invierno* (2014) y *El huerto de Emerson* (2021), Landero ha protagonizado un viaje estilístico que, por decirlo *grosso modo*, transita de García Márquez a Azorín, quitándose adornos, fogonazos y prodigios, adelgazándose, purificándose.

Hombre de lecturas desordenadas, motivadas por el placer y la curiosidad, Landero siente que ha retenido muy poco de todo lo que ha leído: «Salvo algunas generalidades, apenas ha sobrevivido nada de lo que llegué a saber». Todo aparece en él confuso, suelto, desperejado. Por eso no se considera especialista en nada, ni siquiera en los escritores que comentaba en clase de literatura, «y **más que un profesor que escribe, he sido un escritor que en sus horas libres se ganaba la vida dando clases**».

Como profesor, siempre trató de transmitir a sus alumnos su amor a las palabras y su entusiasmo por los libros. Considera que no hay unas técnicas precisas que se puedan aplicar en la escritura narrativa y que, por tanto, el de contar no es exactamente un oficio o una profesión.

ENTRENAR LA CAPACIDAD DE ASOMBRO

La más importante lección que puede recibir cualquier aspirante a escritor es que debe entrenar la capacidad de asombro: no dar las cosas por vividas o sabidas, sino generar el hábito del extrañamiento; ver las cosas cada vez como si fuesen nuevas, con la inocencia del niño, pues cada uno tiene su manera propia y original de pensar y sentir el mundo, y lo primero que debe descubrir todo escritor es cuál es la suya.

Aquí llega la enseñanza fundamental de Emerson que da título al libro: **has de laborar tu propio huerto sin angustia ni prisas**. Todo está por estrenar y hay que vivir la vida como lo que es: una aventura irrepetible. Tenemos que descubrir quiénes somos y cuál es nuestro mundo, personal e intransferible. Generalmente «vamos por la vida demasiado aprisa, sin fijar la mirada en las cosas, sin pararnos a descubrirlas y pensarlas», anestesiados por la modorra de la costumbre, y así es imposible propiciar una disposición óptima para la escritura.

En resumen, la receta básica para el escritor **es soledad, lentitud y concentración**. Hay que pararse a observar y escuchar las cosas, dejarlas que nos hablen, y encontrar cada uno nuestro ritmo. Hay que aprender a leer y observar de un modo personal, huyendo de las vaguedades y abstracciones y centrándose en lo concreto. Dice Emerson que cada cual ha de aceptarse a sí mismo tal como es, y aceptarse además con orgullo y contento, pues a todos nos ha tocado en suerte un pequeño huerto en el que laborar. Además, **el secreto del arte y de la lucidez reside en prolongar la infancia**, «juntar al niño que uno fue con el hombre experimentado y hasta sabio que uno ha llegado a ser», concluye Landero.

Con esta y otras muchas ideas, recogidas de escritores, pensadores y artistas como **Cervantes** («Saber sentir es saber decir»), **Van Gogh** («Encuentra bello todo lo que puedas»), **Eugenio Montale** («Me contentaría con transmitir la luz de una cerilla»), **Flaubert** («Todo lo que se mira con intensidad se hace interesante»), **Goethe** («Basta con sentir»), **Josep Pla** («Es mucho más difícil describir que

opinar»), **Stendhal, Joyce, Proust, Freud, Juan Ramón Jiménez, Pessoa o Montaigne**, entre tantos otros, Luis Landero va trufando de perlas un texto que es una auténtica delicia de lectura, además de un aprendizaje constante y una enseñanza profunda de vida y de literatura, siempre compartida desde la humildad y la modestia. Diríamos que *El huerto de Emerson* es mucho más que un libro. Es una experiencia inolvidable.

Fecha de creación

28/07/2021

Autor

Ernesto Baltar

Nuevarevista.net